

Problemas con el destino, manifiesto

DGCV GABRIELA MACAGNO
Docente investigadora FADU/UNL

Un pacto

Walt Whitman, quiero hacer con vos un pacto;
te detesté por suficiente tiempo.
Te vengo a ver como alguien que de chico
soportó a un padre muy cabeza dura;
ya tengo edad para reconciliarnos.
Fuiste vos quien cortó madera nueva,
y ahora es el momento de tallarla.
Compartimos la savia y la raíz:
que haya comercio ahora entre nosotros

EZRA POUND

Es casi un lugar común de la sociología de las instituciones asegurar que el momento fundacional de una iniciativa funciona como una marca de fuego en su desenvolvimiento. Los orígenes siempre vuelven a ser discutidos, ya sea en forma directa o sesgada, ya para enrolarse en una tradición o para producir un atajo. En 1987 la gestión de la UNL decide la creación del Departamento de Diseño Gráfico, pensado para «cubrir las necesidades y prestar un *servicio* dentro del rectorado, Unidades Académicas de la UNL, y a terceros en la medida de sus posibilidades»¹. Hoy volvemos a discutir este sustrato que orientó el ingreso del Diseño como problema en la UNL, de la mano de la *proyectualidad* como discurso capaz de brindarle un estatuto epistémico cuando viró desde problema de gestión a trayecto académico. Ambas cuestiones, servicio y proyectualidad, nos legaron un debate que es preciso zanjar para justificar posiciones en los términos en que *lo universitario* lo demanda, y a la vez obturaron posibles caminos para repensar al diseño mientras sigamos preocupados por debatir su estatuto.

No está radiografiada aún la práctica del diseñador gráfico en comunicación visual, quiero decir, ningún proyecto de investigación del que tenga conocimiento se ha preocupado por generar conocimiento sobre quiénes dise-

ñan antes que sobre lo que diseñan. La oleada hermenéutica arrasó con la fenomenología, y eso no deja de ser extraño en una disciplina proyectual que va del problema a la solución, como se dice del Diseño. El hecho es que nos estamos perdiendo de saber qué es lo que hace un diseñador cuando diseña, en base a qué teorías o intuiciones decide, cuáles son las zonas de la práctica en la cual el saber lo deja a la intemperie para defender sus producciones. Los avances tecnológicos y el rezago de la infraestructura informática, por su parte, resignificaron la idea de *Taller*, dejándolo como instancia donde se plantea un problema y se evalúa luego la resolución hecha en casa; entonces no sabemos más que por inferencias qué hacen nuestros alumnos cuando diseñan. Digo que nos estamos perdiendo de esto en los términos de un análisis riguroso, que parta de una descripción etnográfica sobre la cual podamos encontrar regularidades y explicarlas. Asimismo, estamos a la zaga de un insumo vital que –autorizando la palabra de quienes están o estuvieron en el día a día del plan de estudios– permita re-discutir la currícula en el largo plazo.

La proyectualidad que tiende a poner sobre el tapete a la eficacia (al control del sentido) cuando se trata de la comunicación, y la hegemonía del diseño de imagen cor-

¹ Sin cursiva en el original:
Expe. UNL N° 323 363.



Trabajo en clase, Taller Vertical de Diseño, nivel 2, 2010.

porativa en los '90, nos pone en jaque a quienes pensamos que el DGCV es una praxis social de neto carácter ideológico, máxime en una universidad con una impronta fuertemente extensionista. El *servicio gráfico*, en la otra vereda, hace hincapié en la neutralidad de un dispositivo técnico que relega a la ética al territorio de las opciones individuales. La propuesta de trabajo de este año en el Taller IV de Diseño, una campaña de prevención de HIV-SIDA para los barrios periféricos de la ciudad de Santa Fe, nos ha obligado a repensar varias cosas, y entre ellas la pertinencia de nuestra currícula, delgada, por ejemplo, en Socio-semiótica y en Estudios Culturales con orientación específica. Ésta es la parte donde Pound le reclama a Whitman el poder comerciar. Las concepciones sobre el diseño que subtienden nuestra currícula son muchas más, pero no dejan de ser una fotografía de la correlación de fuerzas del poder académico que las definió. Hasta aquí hemos pensado el diseño desde sus resultados, se impone ahora abordarlo como práctica significativa en la que decantan muchos saberes que es necesario ponderar. Una vez que gran parte de las disciplinas ya hicieron sus propias metarreflexiones, al cejo de la invitación que hizo Roger Chartier en *Pensar las prácticas*, vale preguntarse por qué el diseño todavía no. O, quizá

mejor, podemos pensar esta vacancia, paradójicamente, como el resultado abierto por dos colonizaciones: que el repertorio de la visualidad haya sido pensado tempranamente por lingüistas, y los diseñadores sigamos dejando hacer; y que nos hayamos creído –en el fragor de las batallas académicas– que somos oficientes o profesionales que no alcanzan el canon disciplinar. Todas las desavenencias se me hacen comprensibles como una catarata que parte desde ese origen: los problemas para categorizar en los organismos de investigación nacional, la instalación de un imaginario tribal centrado en el *hacer* y renuente a *lo teórico*, la orientación hacia el *management* que nos dispuso a renegar desde los '90, etcétera. Hagamos un pacto. Quisiéramos hablar cuando los hermanos mayores se sienten a la mesa.

Bibliografía

- Devalle, V. (2009): *La travesía de la forma. Emergencia y consolidación del Diseño Gráfico (1948-1984)*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández, S; Bonsiepe, G. (coords.) (2008): *Historia del diseño en América Latina y el Caribe. Industrialización y comunicación visual para la autonomía*. San Pablo: Blücher.
-